



HISTORIA Y REGIONES. UN INICIO PARA ENTENDER LA DEMOCRACIA

Rusia y Medio Oriente: Breve historia de sus Relaciones políticas

Iván Carrasco *



*Maestro en Relaciones Internacionales, miembro del Centro de Estudios Islámicos, Árabes y Persas “Dr. Osvaldo Machado Mouret”, del Centro Académico de Relaciones Internacionales Espacio Global y del Observatorio de Estudios del Islam en América Latina. Actualmente estudia el Doctorado en Ciencia Política con especialidad en: Política Internacional, Geopolítica y Seguridad enfocado al Medio Oriente.

**Resumen:**

La participación protagónica de Rusia en el conflicto multinivel de Siria, a partir de 2015, se inscribe en una serie de acuerdos, acciones y relaciones históricas no sólo de manera bilateral sino también, de carácter regional. Si bien, la retirada soviética de Afganistán y su consiguiente desintegración derivó en un alejamiento momentáneo propio de la reorganización territorial, política y económica llevada a cabo; tal distanciamiento no lo fue de la totalidad de la región, pues mantuvo sus estrechas relaciones con algunos actores y redefinió los vínculos con otros. Para evaluar los nexos existentes es necesario revisar las relaciones entre estos dos conjuntos: por un lado, el territorio más o menos definido como Federación rusa y, por otro lado, la imprecisa región del Medio Oriente, a través de un recorrido histórico en el nivel de la larga duración según la designación braudeliana, tomando como eje central la historiografía rusa mediante tres tiempos: el Imperio ruso, la Unión Soviética y la Rusia actual. El énfasis se sitúa en las relaciones de tipo políticas pero que a su vez incluyen elementos económicos, militares, sociales, ideológicos y culturales, convergentes no solamente en los planes bidireccionales sino en sus implicaciones locales, regionales y globales.

Palabras clave: Rusia, Medio Oriente, Larga Duración, Relaciones Políticas, Islam

Abstract:

Russia's leading role in the multi-level conflict in Syria since 2015 is part of a series of agreements, actions, and historical relationships, not only bilateral but also regional. While the Soviet withdrawal from Afghanistan and its subsequent disintegration led to a temporary distancing characteristic of the territorial, political, and economic reorganization that had taken place, this distancing did not extend to the entire region, as it maintained close relations with some actors and redefined ties with others. To assess the existing ties, it is necessary to review the relationships between these two groups: on the one hand, the territory roughly defined as the Russian Federation and, on the other, the imprecise region of the Middle East, through a historical journey at the level of the long term according to the Braudelian designation, taking Russian historiography as its central axis through three periods: the Russian Empire, the Soviet Union, and present-day Russia. The emphasis is on political relations, which also include economic, military, social, ideological, and cultural elements, converging not only in the two-way plans but also in their local, regional, and global implications.

Keywords: Russia, Middle East, Long Term, Political Relations, Islam



Introducción

El presente escrito tiene como finalidad hacer un breve repaso a la historia de las relaciones entre Rusia y el Medio Oriente. Toda vez que la región reviste una importancia para la política exterior rusa contemporánea y que tomó por sorpresa a algunos cuando intervino en favor de su principal aliado, Siria, durante el conflicto iniciado en el marco de las revueltas populares árabes de 2010-2011 y que a finales del año 2024 llevó a reemplazar al presidente sirio por grupos diversos que se levantaron contra su mandato. Si bien, las relaciones han sido cercanas y constantes, éstas no han sido siempre de acuerdo a la cooperación sino que se han visto envueltas en periodos de conflicto, particularmente cuando se trata de recursos de interés estatal o ideológico.

En un intento por salirse de la coyuntura del conflicto multinivel sirio, se recurre al tiempo histórico de la Larga Duración (Longue Durée), para colocar la mirada en las estructuras que, en ocasiones, permanecen en el tiempo, según lo señala Fernand Braudel, y abarca referentes geográficos, realidades sociales, políticas y económicas, así como fenómenos ideológicos y culturales. Asimismo, se enfoca la mirada no sólo en el plano bidireccional sino en su multiplicidad de actores estatales y no estatales y sus impactos locales, regionales y globales.

Por tal motivo, la discusión comienza con un acercamiento a lo que se identifica como Rusia y, su contraparte, el Medio Oriente, éste último a veces no siempre identificado con la misma delimitación geográfica, siendo moldeable según los intereses de la política exterior de otros estados o del analista quien lo delimita; en un segundo momento se adentra a la historia de Rusia y sus relaciones con la región, tomando en cuenta los grandes tiempos históricos rusos: la etapa imperial, la soviética y la actual, cada una con sus propias subdivisiones según los cambios percibidos en circunstancias precisas; finalmente, se ofrecen unas palabras a modo de conclusión.

Identificando a Rusia y al Medio Oriente

Cuando se habla de Rusia se puede entender un conjunto más o menos definido en su composición territorial, lingüística, poblacional, religiosa y cultural; sin embargo, no ocurre lo mismo al hacer referencia a lo que se llama “Medio Oriente u Oriente Medio”. A Rusia se le observa en el sentido de su pluralidad como “todas las Rusias”, titularidad que le han reconocido sus principales autoridades a lo largo de la historia (Matos Franco, 2017: 16-17)¹. Sin embargo, a pesar de la diversidad que la compone actúa como una entidad unitaria, racional y poseedora de una subjetividad jurídica en el plano internacional. No ocurre así con el término para “Medio Oriente”, como ya se

1. Una referencia que abarca la totalidad de la pertenencia a “lo ruso” como “Toda Rusia” o Panruso (Всероссийская, *Vserossiyskaya*). Asimismo, en la diferencia entre la etnia y la ciudadanía.



ha advertido (Carrasco, 2024: 160-163) y que, a pesar de sus críticas, la idea permeó entre los círculos rusos y utilizan los vocablos “Medio Oriente” y “Oriente Próximo”, dándole más énfasis a éste último como Blizhniy Vostok en lugar del primero Sredniy Vostok.

Para efectos de la presente reflexión se observará al territorio conformado por los actuales estados de Turquía, Irán, Afganistán, Siria, Iraq, Israel-Palestina, Líbano, Jordania, Arabia Saudita, Kuwait, Omán, Bahrein, Qatar, Emiratos Árabes Unidos, Yemen, Egipto y sus zonas inmediatas colindantes y de influencia política y/o cultural. Cada uno con su identidad propia, subjetividad jurídica, procesos históricos individuales pero enlazados de manera regional y global, y su heterogeneidad interna. Todo ello hace a la región un conjunto solo para el análisis, no como una entidad geográfica precisa, unitaria y homogénea.

Relaciones históricas: tres tiempos

Con el objetivo de realizar una ruta histórica de larga duración se toma como eje central en el análisis los períodos cronológicos de la historiografía rusa y sobre ellos se edifican los momentos y los tipos de relación con la región de Medio Oriente. De este modo, se subdivide este subapartado en tres grandes bloques.

1) Imperio Ruso: 1721-1917

Mientras que el denominado “Occidente”² toma como punto de partida la expedición de Napoleón Bonaparte a Egipto en 1798 para señalar las relaciones modernas con el Medio Oriente, se observa que el Imperio ruso tiene un encuentro con la región a través de una guerra en la que por primera vez resultó victorioso frente al Imperio Otomano en 1768, treinta años antes que el resto de países europeos. Asimismo, resalta el avance ruso al sur de su territorio cuando logra obtener una victoria frente al Imperio Persa en 1722. Dicho ataque destaca el deseo de expansión territorial ruso para el control de la parte sur del cáucaso -entre el mar Negro y el mar Caspio- y el intento de frenar al Imperio Otomano, mismo que se encontraba en rivalidad con el Imperio Persa, a pesar de que ambos se identificaban con el Islam -el primero se alzaba como representante del sunnismo y el segundo del shiísmo- dicha rivalidad fue determinante para fijar los límites territoriales de uno y otro, además, de sus posturas religiosas y filosóficas, desde el siglo XVI; sin dejar de señalar que ha sido la base fundamental de la instrumentalización del sectarismo en los siglos XX y XXI.

En este proceso expansivo ruso por territorio hacia el sur destacan, también,

2. Por cuestión de espacio sólo se señalará que existe una imprecisión en la definición de “Occidente”, el cual se observa no como una posición geográfica sino, más bien, ideológica que pretende definir un núcleo histórico-cultural-político-religioso sin claridad en fronteras, pensamientos e influencias; sin embargo, por su uso popularizado y porque evoca un conjunto diferenciado, se sigue utilizando.



las ideas modernizadoras llevadas a cabo por Pedro el Grande (1672-1725) con el objetivo de acercarse al desarrollo de otros países europeos en materia económica, tecnológica y política, lo que se entendería como “occidentalización”. Debido a que el territorio ruso se encuentra entre el continente europeo y el asiático, se le ha considerado “poco europeo” en los términos que el marcaje eurocentrado impone, sobre todo, en la creación de instituciones políticas diferenciadas y de acuerdo al apego hacia las corrientes liberales de la época. Así, en este sentido, al interior de Rusia, las élites debatieron esta situación de modernización/occidentalización alrededor de dos posturas: por un lado, aquellos que pretendían continuar el camino que los igualara a los países de Europa occidental y, por otro, aquellos que rechazaban su cercanía y buscando un camino propio. Esta toma de postura a lo largo de los siglos subsecuentes será central ya que daría paso a la defensa de sus instituciones, régimen y formas de organización política, además que sentaría las bases para un naciente nacionalismo, de corte eslavófilo, particularmente a partir de los estragos de la Revolución Francesa de 1789 (Matos Franco, 2017: 98).

Ese debate entre los eslavófilos (*slavyanofil*) y los occidentalistas (*zapadniki*) fue determinante durante el siglo XIX y contribuyó al hecho de separar a Rusia de la identidad europea -incluso profundizando más en el siguiente siglo con la postura ideológica tomada- colocándola como una entidad diferenciada. Es necesario destacar que un debate similar se vivió en los países del Medio Oriente ante el impacto europeo: una postura de emulación a las ideas provenientes de Europa y otra de rechazo, en busca de una identidad propia. Tal discusión será la base de los conflictos políticos e identitarios en los dos siglos posteriores; la diferencia radicaría en que mientras que a Rusia se le consideraba “civilizada pero autócrata”, a los países de la región del Medio Oriente se les señaló de atrasados, de poseer una “cultura petrificada” y, en consecuencia, necesitados de transitar a la modernidad. A partir de esta pauta, los países avanzados tendrán como consigna una *mission civilisatrice* (misión civilizadora), con cierta equivalencia a lo que en su momento habría sido una misión evangelizadora, que tutelara su proceso de modernización.

Rusia, en calidad de potencia europea que derrotó a Napoleón, utilizó un argumento similar para su avance territorial llamándolo: *misión sagrada*, que no era otra cosa que esa recuperación por “lo puramente ruso” y sus valores propios, que la percibían como centro del mundo y la posicionaron como la Tercera Roma, reclamo existente desde el siglo XV ante la caída de Constantinopla. Esta idea estuvo presente cuando, junto con Prusia y Austria, establecieron la Santa Alianza para frenar al liberalismo y el secularismo (ideas promovidas tras el paso de la Francia revolucionaria y el imperio napoleónico) utilizando los valores del cristianismo, la legitimidad monárquica y el absolutismo, mismos que fueron la base para la “Restauración” europea tras el Congreso de Viena de 1815.



La historiografía rusa presenta esta etapa como de gran activismo exterior por parte del Zar Alejandro I por su amplio interés por los asuntos europeos y sus acciones expansivas hacia el Pacífico, Asia central y el Cáucaso; éstos dos últimos territorios en constante conflicto contra el Imperio persa, en el primer caso y contra el Imperio otomano, por el segundo; demostrando su interés por la adquisición de territorios contiguos y por su necesidad de tener acceso a espacios marítimos cálidos (Mar negro y el Mar caspio, principalmente), sin dejar de señalar la situación económica como limitante para cualquier tipo de exploración más allá del espacio inmediato.

El componente religioso juega un papel importante pues mientras que los países europeos se asumían como cristianos (católicos o la variedad de protestantismos) pero seculares, la religiosidad rusa se veía con todos los elementos del “Oriente”, al poseer una mayoría Ortodoxa, heredera del Imperio Bizantino y el componente griego, por encima de la iglesia Occidental romana y su tradición latina. Bajo este criterio de defensor del cristianismo ortodoxo, entre la cooperación y el conflicto directo con el Sultán Otomano, la Rusia imperial se alzó como custodia de los ciudadanos ortodoxos dentro de los límites del Imperio Otomano, población con mayoría en la península balcánica que, además de defender sus libertades religiosas, suponía una garantía para acceder al Mar Mediterráneo.

Bajo el lema de “Ortodoxia, Autocracia, Nacionalismo”, Rusia operaba para el logro de sus objetivos no sólo al interior de sus fronteras sino como política exterior. Dicha posición de avance levantó las alarmas en el resto de potencias europeas, al grado de buscar una solución para frenar a Rusia y sus intereses no sólo en el continente sino en los Balcanes y en las rutas de acceso a la India, según consideró el Imperio Británico. Surgió así la llamada “Cuestión de Oriente” para referirse a la situación que aquejaba al Imperio Otomano y su paulatina pérdida de superioridad frente a las posiciones europeas pero, sobre todo, a la ambición que sobre este territorio tenían las potencias: por un lado, el Imperio británico; y, por el otro, el Imperio ruso, que pondría en los círculos diplomáticos el concepto de “equilibrio de poder” (*balance of power*).

Entre esta rivalidad imperial, surge el término del “Hombre enfermo de Europa” para referirse al Imperio otomano, el orientalista británico de origen judío Bernard Lewis detalla:

En una conversación mantenida en enero de 1853 entre el zar Nicolás I de Rusia y el embajador británico, sir Hamilton Seymour, el zar sugirió que era hora de que el Reino Unido y Rusia se pusieran de acuerdo sobre la repartición del imperio otomano en declive: "Tenemos en nuestras manos a un hombre enfermo", dijo el zar, "Un hombre gravemente enfermo. Sería una gran desgracia que un día de éstos se nos fuera de las manos, sobre todo antes de haber tomado las medidas necesarias". A pesar de que no ponía en cuestión el diagnóstico, Seymour sugirió que



con un tratamiento adecuado el "hombre enfermo" tal vez pudiera recuperarse, aunque lo que se necesitaba era un médico y no un cirujano. Este desacuerdo entre el planteamiento de Rusia y el del Reino Unido condujo poco después a la guerra de Crimea, y a un largo y constante conflicto político. La expresión "hombre enfermo" se hizo famosa y, a pesar de las diferencias políticas, reflejaba la visión común de Europa acerca del estado del imperio otomano (Lewis, 1992).

Otro escenario en que la rivalidad imperialista se hizo presente fue en el Imperio Persa de la Dinastía Qayar, que formalmente no fue colonizada aunque estuvo bajo la presión de los intereses tanto territoriales como comerciales por parte del Imperio ruso como del británico; este episodio fue conocido entre los círculos militares británicos como "El Gran Juego" y para los rusos como "El Torneo de las Sombras" (Meyer y Blair Brysac, 2008).

Al finalizar la Primera Guerra Mundial (IGM) tanto la Cuestión de Oriente dejó de ser relevante para los asuntos internacionales, así como el Gran Juego dejó de ser prioridad; la primera, debido a la derrota otomana y el reparto que del territorio hicieron los vencedores de la guerra y, la segunda, debido a la Revolución de Octubre de 1917 que sacaría a Rusia del conflicto bélico y lo llevaría a nuevas rutas de negociaciones, con el resto de potencias vencedoras. El proceso de penetración territorial por parte de las potencias europeas dentro del territorio otomano pasó de las relaciones comerciales y capitulaciones a control directo de la economía y el espacio, posteriormente derivó en colonización directa y, luego, al fomento de independencias basadas en los principios del nacionalismo, en emulación directa a los procesos desencadenados en Europa durante el siglo XIX.

2) Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas: 1917-1991

Si bien la formalización de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS) se dio hasta 1922, se puede fechar desde la Revolución bolchevique de 1917 como el inicio de una nueva etapa en la historia rusa y sus relaciones exteriores, particularmente en lo que respecta al Medio Oriente. Por lo que se puede subdividir este apartado en dos: la primera, que va de 1917 hasta 1945 y, la segunda, propiamente el espacio de la *Guerra Fría*, 1945-1991.

a) De la revolución de Octubre al fin de la Segunda Guerra Mundial (1917-1945)

Con respecto a la primera parte, se advierte la concepción ideológica con la que se yergue: un Estado proletario y socialista, basado en la idea del comunismo marxista. Para los pensadores de la época llamó la atención que en Rusia -que consideraban atrasado con respecto a los países industrializados- se haya optado por una sublevación popular contra la monarquía y las condiciones políticas, sociales y económicas existentes, para reclamar una opción tendiente al comunismo.



Principalmente, porque habían sido Karl Marx y Friedrich Engels quienes la consideraban como un país asiático o semi-asiático, incluso, la acusaban de ser la principal impulsora de la “reacción” y al zarismo como el principal obstáculo a las revoluciones europeas. En su desarrollo teórico, habían armado un corpus específico para describir a todas las sociedades asiáticas dentro de los modos de producción y remarcaron su particularidad como: Modo Asiático de Producción, con una marcada tendencia al despotismo y que, por lo tanto, nunca podrían salir de su estancamiento sino era por la ayuda de “occidente”. Dicho de otro modo, sólo podrían alcanzar una fase de desarrollo a condición de “europeizarse”.

La visión eurocentrista de Marx y Engels era parte del entramado político-social predominante en la Europa del siglo XIX y, como tal, los postulados de su ideología emergieron de las ideas ilustradas junto el resto de posturas políticas de la época como el liberalismo, el nacionalismo, el constitucionalismo, el utilitarismo, por señalar sólo algunas; sin embargo, por reclamar una postura científico-racional se alzaba como la posición más avanzada de la época. A este respecto, Stuart Scharm y Hélène Carrère D’Encausse señalan que:

El marxismo es una forma de pensamiento fundamentalmente europea, que reúne varios de los rasgos más característicos de la civilización europea en su conjunto: el sentido de la historia proveniente de la tradición judeo-cristiana, y la voluntad prometeica de conformar la naturaleza que aparece a partir del Renacimiento y sobre todo desde la revolución industrial; trasplantado a Asia, en sociedades donde en su mayoría no existe ese sentido de la historia y de las cuales ninguna tenía tradicionalmente ese ideal del “hombre amo y poseedor de la naturaleza” (de acuerdo con la muy conocida fórmula de Descartes) provocó allí un choque profundo, del cual el marxismo tampoco salió indemne (1965:14).

A esta concepción del mundo se suma, luego, el colonialismo en África y Asia, por parte de las potencias europeas. No obstante, la producción sobre el tema fue mínima en Marx y Engels, siendo Vladímir Ilích Uliánov “Lenin” (1870-1924), quien encabezó la Revolución de Octubre, el que se ocuparía del tema de la revolución en Asia y, en particular, en las regiones donde la competencia imperialista se desarrollaba, tomando como eje central la cuestión colonial. Tanto en sus escritos como en el marco de la Internacional Comunista de 1919 hacía referencia a “la revolución en los países no europeos”. Lenin tomó como base la experiencia de las aspiraciones nacionalistas en la periferia colonial del Imperio ruso, particularmente entre los musulmanes influenciados por las revoluciones constitucionalistas del Imperio Persa (1905) y el Imperio Otomano (1908).

El punto más notable de esta empresa fue el Congreso de Bakú denominado como “Congreso de los Pueblos de Oriente”, en 1920, en el que se abordó la necesidad de establecer vínculos entre los revolucionarios dispersos de oriente



con los revolucionarios de occidente en su lucha contra los opresores extranjeros y nacionales para el establecimiento de un orden soviético. Sin embargo, para los musulmanes rusos reveló una contradicción entre su situación al interior con su actuación al exterior. Esto provocó una participación activa de los comunistas musulmanes del Turquestán, invocando la “solidaridad turca”, para reactivar su reclamo anticolonial en la periferia rusa. La situación se saldó en 1923 con una depuración de los “elementos nacionalistas” y su sustitución por “elementos proletarios”, por parte del Comisariado del Pueblo para las Nacionalidades, a cargo de Iósif Stalin (1878-1953), creado para gestionar a los diversos grupos étnicos no rusos dentro de Rusia.

Resalta, en este episodio, la figura de Mirza Sultán Galiev (1892-1940) quien defendió los postulados de compatibilidad entre el comunismo y el Islam,³ además de señalar la naturaleza del Oriente islámico como “nación proletaria” más allá de la clasificación de “clase social”; acusado de reaccionario por sus posturas “nacionalistas” se enfrentó a Stalin y al descrédito del gobierno soviético.

Los siguientes congresos comunistas mantenían el debate de apoyar por un lado, a los movimientos nacionalistas en la lucha contra el imperialismo y, por otro, la lucha obrera y el proletariado por medio de la creación de partidos comunistas; esta disyuntiva llevó a confundir los intereses de la revolución mundial con los intereses del estado soviético, en su política exterior. Así, se observa cómo se establecieron los lazos de amistad entre la URSS y Turquía, a pesar de que en ese momento ninguna de las dos existía como estado formal. Mediante el Tratado de Amistad y Hermandad Turco-Soviético (Tratado de Moscú) en 1921, la URSS reconocía a la naciente República de Turquía, con Mustafa Kemal “Ataturk” (1881-1938), heredera del derrotado Imperio Otomano y de características nacionalistas, modernista y laica; al mismo tiempo establecieron líneas fronterizas y consensuaron territorios. El mismo año se formalizó el Tratado de Amistad Ruso-Persa y se ponía fin al conflicto en el norte de Persia, en el Guilán (que llegó a identificarse como República Socialista Soviética de Persia) y se permitía el acceso al Mar caspio a las embarcaciones soviéticas.

En medio de los conflictos internos y la necesidad de replantear su política exterior tras la Revolución de 1917, se firma el Tratado de Brest-Litovsk entre el gobierno bolchevique y las “potencias centrales”, particularmente con Alemania, lo que marcaría la salida de Rusia del conflicto bélico. Asimismo, la llegada de los revolucionarios al poder reveló los acuerdos secretos entre las potencias de la Triple Entente para repartirse el espacio árabe, anteriormente integrado al Imperio Otomano.

3. Se utiliza Islam, con mayúscula, para referirse tanto a la civilización como a la religión.



Mientras estaba en curso la IGM, el Imperio británico incentivó a los pueblos árabes que formaban parte del Imperio Otomano a reclamar un espacio autónomo dentro de él. Convenció a los principales líderes de la creación de un Gran Estado Árabe y su garantía una vez terminada la guerra (correspondencia entre Sir Henry McMahon y Ali ibn Hussain, 1915). Asimismo, prometió a los líderes judíos agrupados en torno a la Organización Sionista Mundial un “hogar nacional” en Palestina (Declaración Balfour, 1917). Al mismo tiempo, junto a la Tercera República Francesa, dividieron el territorio árabe en áreas de influencia en lo que, hasta el día de hoy, son las fronteras de Siria, Líbano, Iraq, Jordania y Palestina. Los acuerdos fueron firmados por sus representantes y son conocidos como Acuerdos Sykes-Picot, los cuales contaban con la aprobación del Zar ruso, a través de su Ministro de Exteriores, Serguei Sazonov, que obtendría partes del territorio otomano desmembrado, cercano a sus fronteras como la ciudad de Estambul (antes Constantinopla), los estrechos del Bósforo y los Dardanelos, Armenia y Kurdistán. Sin embargo, esto último no fue posible debido a la denuncia pública de los tratados secretos, estrategia diplomática ampliamente utilizada en la época y que recibiría la crítica primero, por parte del Comisario del Pueblo de Relaciones Exteriores del gobierno revolucionario ruso, Lev Trotski; y, después, por el presidente de los Estados Unidos, Woodrow Wilson.

Durante las primeras -casi- dos décadas de gobierno soviético su actuar significó un afianzamiento de sus políticas tanto a nivel doméstico como a nivel internacional; sin embargo, no ocurriría lo mismo tras el paso de la Segunda Guerra Mundial (IIGM), como se verá. Rusia fue fijando sus fronteras mediante negociaciones, pactos y acuerdos diferenciados con sus fronteras inmediatas para resguardar el espacio geográfico del que gozaba durante la existencia del Imperio ruso y, ampliándolo más, a través de la creación de la Unión de Repúblicas independientes, soberanas, además de socialistas y soviéticas. Como Estado unificado, la URSS comenzó a ser reconocida por otras naciones, principalmente las europeas occidentales, Estados Unidos y Japón; en 1934 se integró a la Sociedad de Naciones (SDN) -entre otros pactos internacionales-, pero por su propio lenguaje se comenzaba a ver como un elemento extraño ante el conjunto de naciones.⁴ Su postura penduló entre el Internacionalismo proletario y la coexistencia pacífica; sin embargo, tras la IIGM dejó a un lado su confinamiento para actuar como una entidad de vital importancia no sólo para lograr el triunfo de los Aliados -de los cuales formó parte- sino para reconfigurar la postura mundial al término de la conflagración.

El posicionamiento de la URSS durante el conflicto bélico se basó en la defensa e su territorio después de la violación del Pacto Ribbentrop-Mólotov,

4. La URSS comenzó a utilizar el acrónimo Polpreds (representante plenipotenciario) para referirse a los “Comisarios del Pueblo para Asuntos Exteriores”, una forma diferente de referirse a sus embajadores y distinguirse de la época zarista; sin embargo, tuvo que utilizar los términos corrientes con la finalidad de que le sea respetada su precedencia ante la representación extranjera.



ante el avance alemán al interior de sus fronteras. Una vez lograda la recuperación de lo perdido hizo retroceder al ejército nazi, controlando los pueblos a su paso, hasta llegar a la parte oriental de Berlín lo que lo convirtió en el principal vencedor de la guerra.

La región de Medio Oriente sirvió como escenario de guerra, principalmente en las colonias francesas que tenían vínculos con el régimen de Vichy y que, por lo tanto, mantenían cercanía con el gobierno alemán. Dichos escenarios fueron cubiertos por los británicos y sus colonias, con la esperanza de otorgar la independencia al finalizar y triunfar en la guerra. No obstante, dentro de las colonias existieron facciones germanófilas que intentaron ganar espacios al interior de sus países para vencer al Imperio Británico, las cuales no prosperaron. Uno de estos casos fue la postura del Shah Reza Pahlevi de Irán (antigua Persia) que, a pesar de formalmente posicionarse como neutral, se sospechó de su filiación al régimen nazi, por lo que fue ocupada por los ejércitos británicos y la Unión Soviética, con la intención mantener seguros los campos petrolíferos y las rutas de acceso a la región. Los primeros se encargaron de la región del sur y los segundos del espacio en el norte, asegurando el “corredor persa” para los aliados. La primera reunión de los líderes mundiales para hablar del orden de posguerra se llevaría a cabo en 1943 en la capital iraní denominada Conferencia de Teherán (precedentes de Yalta y Potsdam, en 1945). Un movimiento similar se observa en la postura de Iraq, formalmente independiente desde 1932 con su inclusión en la SDN ante el rechazo del colonialismo buscó conexiones con los alemanes pero, al fracasar en los intentos, fue invadida por el ejército británico y las tropas afianzadas en el territorio.

La república de Turquía, a pesar de sus nexos comerciales e históricos con Alemania, adoptó una postura neutral y, al final, se sumó a los Aliados. Una acción similar tomó el reino de Arabia Saudita, que gozaba de independencia al momento; así como la monarquía de Egipto -aunque formalmente independiente se encontraba bajo la injerencia británica- y las recién independizadas del mandato francés: Líbano y Siria. Todos éstos países se sumaron al bloque aliado contra las potencias del Eje y, al finalizar el conflicto, serían parte de la fundación de la Organización de las Naciones Unidas (ONU) en sustitución de la SDN que delineó el orden mundial de posguerra, vigente hasta hoy. De los actuales estados de la región, sólo siete son miembros fundadores (Egipto, Irán, Líbano, Arabia Saudita, Siria, Turquía, Iraq), el resto se fue incorporando en el proceso de descolonización que siguió a la IIGM. Los Aliados, vencedores, crearon un Consejo de Seguridad que se encargaría de establecer los límites de la acción internacional del resto de países al poseer el poder de veto. La Unión Soviética formaría parte de ésta junto con Francia, Gran Bretaña y Estados Unidos (China se incorporaría posteriormente, en 1971).



b) Los momentos de la Guerra Fría (1945-1991)

Si bien la idea de expansión ideológica de la Rusia soviética se encontraba en la simiente de la Revolución de 1917, fue hasta el fin de su participación en la IIGM cuando logró acercarse a su cometido generando así una nueva situación de rivalidad con los que, durante el conflicto, habían sido sus aliados y que sería conocida como Guerra Fría. Al finalizar la IIGM, cuando los aliados se dieron cita en Berlín, en la Alemania nazi derrotada, se discutía cuál sería el modelo político-económico a implementar pues existían dos en cuestión: por un lado, el capitalista-occidental y, por otro, el comunista-oriental, el primero encabezado por Estados Unidos y el segundo por la URSS, cada uno intentaba avanzar en un juego de suma cero lo que derivó en diversas confrontaciones de manera indirecta en todos los continentes; desde este momento el mundo se dividió ideológicamente en dos bloques.

Las primeras confrontaciones tuvieron lugar en Irán y Turquía por estar contiguas a las fronteras soviéticas, lo que significaba: resguardo de su seguridad, acceso a los mares (frente al primero el Mar Caspio y con respecto al segundo el Mar Negro), posibilidad de ampliar su territorio y participar en la definición política interna.

Irán

Según las negociaciones de la URSS y Gran Bretaña con respecto al territorio iraní ambos se retirarían apenas terminado el conflicto. Tras asegurar sus intereses y después de apuntalar al nuevo monarca persa, los británicos se retiraron; sin embargo, los soviéticos permanecieron e incentivaron la creación de dos espacios soviéticos al norte, en Azerbaiyán y la parte del Kurdistán iraní. Al lograr negociar con el Shah Mohammed Pahlevi con respecto de las reservas del petróleo ubicado en el Caspio y su circulación, abandonó dichos territorios y fueron rápidamente recuperados por la corona iraní. Esta situación llevaría a Irán a acercarse al campo capitalista-occidental con la finalidad de evitar nuevas injerencias soviéticas con los mismos (u otros) pretextos, a su vez, en el contexto de confrontación ideológica inaugurado, Estados Unidos utilizaría esa posición como primera barrera de contención contra la expansión comunista. Ambos firmaron un acuerdo de cooperación militar en 1947.

Para contrarrestar estos movimientos, la estrategia soviética consistía en mantener las relaciones entre los países pero apoyando a los partidos comunistas al interior de cada nación, fue este el caso del partido *Tudeh* (de las masas), creado en 1941 e ilegalizado desde 1949. Este grupo se sumaba a otras dos principales facciones políticas: las pro-monárquicas, afines a Estados Unidos y su bloque, con aspiración modernista-capitalista en un intento por “occidentalizar” a la nación persa; y las fuerzas nacionalistas que, sin desmarcarse de las pretensiones monárquicas, buscaban un camino que desarrollara y modernizara al país.



Marginadas o acopladas a uno de estos grupos permanecían aquellos núcleos de poder tradicional como los liderazgos tribales, los terratenientes, los comerciantes y los integrantes del cuerpo religioso del Islam shií, que regresarían en 1979.

El punto de quiebre se registraría en el periodo que va de la nacionalización del petróleo (1951) y el posterior derrocamiento del primer ministro nacionalista Mohammed Mosadeq (1953), pues ante los movimientos efectuados se le acusó de comunista y los servicios de inteligencia tanto de Estados Unidos como de Gran Bretaña promovieron un golpe de Estado en su contra. A partir de ese momento y hasta 1979, el Shah de Irán pasaría a controlar todos los espacios de la vida política del país y, con ayuda estadounidense, se afianzaría hasta la conformación paulatina de “un Estado capitalista, un capitalismo en desarrollo, dictatorial, una forma monárquica de la dictadura, nacionalista y dependiente de los países capitalistas avanzados” (Halliday, 1981: 84). La represión fue apoyada al interior, con la creación de la Organización de Inteligencia y Seguridad Nacional (en persa Sazeman-e Ettela'at va Amniyat-e Keshvar, abreviada como SAVAK) en 1957 y; al exterior, con la Organización del Tratado Central (CENTO; por sus siglas en inglés), también conocida como “Pacto de Bagdad”, desde 1955, con asistencia comercial, militar y de asesoría estadounidense, con la intención de frenar a la Unión Soviética en la región.⁵ Ambas se disuelven en 1979, con la Revolución Islámica. Cabe señalar el apoyo para la obtención de energía nuclear desde 1953 por parte de Estados Unidos a Irán como parte de esas alianzas anticomunistas.

A pesar de esto, la Unión Soviética mantuvo sus relaciones bilaterales con Irán (oficializadas desde 1921), reactivándose en la década de los setenta, para intereses de ambas, en materia financiera y comercial, y dejar de apoyar las actividades del Tudeh y otros grupos que se identificaban como comunistas.

Ante el estallido de las protestas que derivarían en una Revolución de carácter religiosa y que fundaría la primera República Islámica, la política exterior quedaría sentenciada bajo el lema: “ni oriente, ni occidente” (nah sharq, nah gharb), para referirse a una tercera vía en la que no se alineaban ni con la URSS, el “pequeño Satán”; ni con Estados Unidos, el “Grán Satán”. Para el régimen revolucionario iraní la URSS, por su ideología materialista, mostraba una gran incompatibilidad pues para ellos la religión era un instrumento de la clase explotadora. Para la URSS no necesariamente significaba un revés, sino, más bien, una oportunidad de arrebatarse un aliado a los estadounidenses. No obstante, los soviéticos -al igual que Estados Unidos y el bloque occidental- apoyarían a Sadam Hussein de Iraq en su campaña contra Irán, en la guerra de 1980 a 1989.

5. Formarían parte del mismo tratado Iraq, Pakistán, Turquía y Reino Unido. Junto con la SEATO (Organización del Tratado del Sudeste Asiático) actuaban como muro de contención comunista para Asia ya no sólo de la URSS sino de China también. La SEATO se disolvió en 1977 ante su inoperancia en la guerra estadounidense contra Vietnam.



Al finalizar el conflicto, Ruhollah Jomeini, líder de la República Islámica de Irán, enviaría una carta al dirigente soviético, Mijaíl Gorbachov en el que advertía que “el comunismo sólo será encontrado en los museos de la historia política mundial”. La URSS dejaría de existir tan sólo dos años después.

Turquía

Con respecto a Turquía, los soviéticos comenzaron a presionar al gobierno para recuperar el territorio cedido en el Tratado de Kars, firmado dos décadas atrás y que devolvía territorio que el Imperio ruso le había arrebatado al Imperio otomano. Ante este intento y sin posibilidad de competir contra la potencia emergente, Turquía buscó aliarse con los británicos y los estadounidenses, quienes le dieron su apoyo en 1947. A pesar de que la URSS desistió en seguir presionando, Turquía fue incluida en la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) en 1952, como parte de la política exterior estadounidense contra la influencia soviética en la llamada “Doctrina Truman” o de la “contención al comunismo”. Junto con sus aliados del CENTO serían la barrera de contención inmediata a la expansión comunista-soviética y marcaría la sustitución del poder hegemónico británico por el estadounidense.

Con la participación turca dentro de la OTAN, Estados Unidos estableció un apoyo económico y militar en la región, por medio de bases militares, misiles guiados y arsenal nuclear, sobre todo al sur, en la provincia de Incirlik.⁶ Sin embargo, debido a los sucesivos golpes militares turcos, la política exterior existieron algunos diferendos sin que esto hubiera significado un cambio de orientación durante la Guerra Fría. Así, por ejemplo, durante la década de los sesenta, Turquía reactivó sus relaciones con la URSS y tras la “crisis de los misiles de Cuba” en 1962, se retiraron los cohetes “Júpiter” de su territorio, en 1963.

Los partidos comunistas tuvieron su participación en Turquía pero, al igual que en el resto del mundo, fue proscrito y actuaba en la clandestinidad, no sólo por la postura kemalista de emular a los europeos, sino, también, por las diversas autoridades militares. Desde su participación en el Congreso de Bakú, se han ido disolviendo y reagrupando al ritmo de los tiempos políticos. De este modo, se observa que desde 1920 al Partido Comunista de Turquía (Türkiye Komünist Partisi, TKP), dividido en 2014 y reagrupado en 2017; o la fundación en 1972 del Partido Comunista de Turquía/Marxista-Leninista (Türkiye Komünist Partisi/Marksist-Leninist o TKP/ML, en turco).

Un tema que generó controversia entre la OTAN y Turquía, que benefició a la URSS, fue el conflicto en relación a Chipre con la cual, tras su invasión y ocupación de la parte norte (1974), se tensaron las relaciones al grado de que el presidente estadounidense prohibiera el envío de equipo militar a Turquía

6. Tras la disolución de la URSS, dichas bases han servido para operaciones militares en Siria, Iraq y Afganistán.



y que se cerraran todas las bases aéreas estadounidenses. Tal situación llevó a Turquía a relanzar los lazos políticos y económicos con los países árabes y la Unión Soviética, de la cual se convertiría en la principal receptora de ayuda económica fuera del bloque comunista-oriental. La cuestión se vería zanjada hasta finales de la década de los setentas y hasta la fecha, por la importancia estratégica de la región.

La pertenencia a los diversos colectivos de seguridad internacional de Turquía, sumada a su visión modernista, nacional y secular, la colocó a la vanguardia del mundo islámico y la mantuvo cerca de Europa y todo el bloque occidental capitalista, según los estándares políticos eurocentristas y americanos. Sin embargo, esto se ha sometido a discusión tras el inicio del siglo XXI, con la desintegración de la URSS, la emergencia de los grupos de justificación islámica y los realineamientos regionales y globales.

Palestina/Israel y el mundo árabe

El fin de la IIGM trajo consigo dos procesos relevantes en el mundo árabe: la descolonización y la implantación del Estado de Israel en Palestina. La segunda como paradoja de la primera y que, en conjunto, sustituyen la influencia de Francia y Gran Bretaña en la región por la de la URSS y Estados Unidos.

Con respecto a la primera, no siempre significó una auténtica independencia pues se mantuvieron los vínculos comerciales, económicos y estratégicos con respecto a su metrópoli o su sistema de alianzas, derivado al estado poscolonial establecido con las elites del poder afines a los intereses imperialistas bajo el auspicio del progreso y la modernidad. Sin embargo, en todos los procesos descolonizadores se mantuvo un sentimiento nacionalista que buscaba su identidad y su progreso basado en sus necesidades o, bien, rechazaba la opción capitalista-occidental buscando un modelo alternativo que lo hallaron en la URSS, que durante la década de los cincuenta demostró un crecimiento superior. En tanto al segundo caso, los dos bloques de la Guerra Fría apoyaron la partición de Palestina según las recomendaciones de 1947 por parte de la ONU: 55% del territorio para un estado “judío” que tenía un 33 % de población y el 45% de tierra para un estado “árabe” con un 67 % de población, y Jerusalén bajo administración internacional.

El 14 de mayo de 1948, se dió por concluído el mandato británico sobre Palestina e inmediatamente los líderes sionistas proclamaron la creación del “Estado de Israel”. En respuesta, los ejércitos árabes regulares de Egipto, Jordania, Siria, Líbano e Iraq se movilizaron en su contra y estalló el primer conflicto árabe-israelí y, a partir de allí, se delinearon los bloques contendientes en el mundo árabe.

Tras dicho conflicto, los árabes resultaron vencidos y se desataron revueltas



nacionalistas y anti-monárquicas en la región. Comenzó una sublevación procedente, principalmente, de los cuerpos militares que reclamaron la mala ejecución de la guerra por parte de los monarcas. Siria en 1949, Egipto en 1952 e Iraq en 1958, ejecutaron golpes de estado que derivarían en la instauración de repúblicas, de cercanía con la URSS y una “vía árabe al socialismo”. Con la mira puesta en recuperar el territorio palestino, se exacerbó un sentimiento panarabista (una petición con precedente en la idea de la Gran Nación Árabe), nacional, secular, moderno y de desarrollo económico.

El apoyo soviético a la creación de Israel tenía como objetivo crear un espacio afín en esta región y, al mismo tiempo, deshacerse del tema judío, animadversión existente desde la época zarista en el que se les acusó de asesinar al Zar Alejandro II y desatar una “destrucción violenta” o pogromo (del ruso pogrom) en 1880 (Matos Franco, 2017: 164). Tales acciones no fueron las únicas, antes y después se mantuvieron en consonancia con la judeofobia existente en otras partes de Europa; incluso, en 1903 se dieron a conocer Los Protocolos de los Sabios de Sión, como recurso para justificar la violencia contra los judíos. Al darse cuenta que el naciente estado se alineaba con Washington, Moscú dejó de apoyar y se acercó a las peticiones árabes; apoyó no sólo a los partidos políticos comunistas de la región sino, también, estableció alianzas directas con los gobiernos militares emanados que instauraron repúblicas y que rechazaban al imperialismo (por lo menos en el discurso).

Sin embargo, el suceso que incorporó al mundo árabe en la Guerra Fría fue la Guerra de Suez en 1956 pues finalizó la injerencia de los antiguos imperios coloniales (Francia y Gran Bretaña) y las superpotencias ocuparían su lugar (Sierra Kobeh, 2007: 39-42). Dicho acontecimiento, no obstante, lejos de posicionar al conjunto regional en un bloque determinado, lo dividió, dando como resultado una *Guerra Fría inter-Árabe* en el que, por un lado, se encontraban los países árabes de orientación republicana y tendientes al socialismo (Egipto, Siria e Iraq) a los que se les denominó “radicales” y , por otro, los llamados “conservadores” aquellos de tradición monárquica y de cercanía al bloque capitalista-occidental (Arabia Saudita, Jordania, Marruecos), con posturas encontradas con respecto a varios temas, entre los que destacan el alineamiento a determinado bloque, el modelo de desarrollo económico, la tolerancia de los partidos comunistas, la postura frente a Israel y de confrontaciones directas como en Yemen, que provocaría su división territorial.

La situación cambió tras la derrota árabe en la Guerra de 1967 frente a Israel; éste evento significó un ascenso de los estados árabes conservadores y se daría inicio a un paulatino viraje político para alinearse con el bloque capitalista-occidental en detrimento de las relaciones con la URSS, en lo que respecta a los países radicales, exceptuando a Siria.

Desde la década de los setenta, con el ascenso de las monarquías árabes, la



Revolución de Irán y la invasión de la URSS a Afganistán, comenzó una etapa de reactivación del Islam como ideología política, que desde la academia “occidental” han denominado islamismo. Por un lado, el bloque capitalista-occidental, en conjunto con los países árabes, apoyaron a los guerreros islámicos (autopericibidos como muyahidin pero considerados Freedom Fighters por Estados Unidos) en su lucha contra el comunismo en territorio afgano; y, por otro, delinearía las formas de confrontación sectaria entre las escuelas del Islam que generaría una situación de conflicto ya no entre países árabes sino entre una confesión islámica sunita y otra shiíta, en lo que algunos han calificado como Guerra Fría inter-Islámica.

3) Federación Rusa: 1991- actualidad

Desde la disolución formal de la URSS, la Federación Rusa se lanzó como una república independiente y comenzó a estructurar una nueva política exterior encaminada a recuperar primeramente sus intereses fronterizos, de seguridad y de supervivencia política y económica. También este período lo se subdivide en dos partes: una, que ocupa la década de los noventa 1991-1999, prácticamente con Boris Yeltsin (1931-2007) como su único y máximo representante; y, posteriormente, de 2000 hasta la actualidad, bajo el mandato de Vladimir Putin. Con respecto a la década de los noventa, se ha de llamar la atención de la inestabilidad política, la fragilidad de las relaciones y la “terapia de choque” a la que fue sometida Rusia en materia económica, bien por mala organización interna o por el desdén de la comunidad internacional, que coadyuvó a dejar en situación de postración a la naciente Federación. Se ha dicho que ante el fin de la ideología comunista y la situación de la Guerra Fría, el país debía clarificar su política exterior con base en su identidad.

En palabras de Vladimir M. Davydov, durante el gobierno de Yeltsin, se dio prioridad a las relaciones con Estados Unidos y sus aliados europeos, “en detrimento de ex-aliados de la URSS en el Tercer Mundo. [Se] redujo al mínimo los vínculos con los países de Asia, África y América Latina” (2014). Lo que provocaría una acción unipolar a nivel global, ya vista desde la última etapa de Gorbachov en el caso de la Coalición internacional liderada por Estados Unidos contra Iraq, ante la invasión de Kuwait (1990-1991), quien se manifestó por una solución política antes que el uso de la fuerza, sin embargo, no presionó ni fungió como mediador, lo que dio como apariencia un alineamiento a la postura estadounidense.

La idea de apoyar a Estados Unidos en el liderazgo mundial fue la premisa fundamental del Ministro de Relaciones Exteriores de 1991 a 1996, Andréi Kozyrev, quien abiertamente operó hacia los fundamentos pro-occidentales en lo económico y lo político. Sin embargo, matizó la postura de unipolaridad hacia una donde se busque el consenso con otros poderes y, sobre todo, se respete la trayectoria y dignidad rusa. La actuación de Estados Unidos para resolver los diversos conflictos mundiales de la década de los noventa levantó señales de alarma para los representantes rusos pues se dieron cuenta que no



se concedería ningún pláacet a Rusia. Kozyrev fue sustituido por Yevgeni Primakov,⁷ y por primera vez se formuló la idea de la “multipolaridad”, un espacio de cohabitación en el que el poder no recae en un gran poder sino que es distribuido por diversos actores, en un contexto de interdependencia y necesidad mutua. Primakov fue el primero en señalar los intereses vitales de Moscú, denunció la acción expansiva de la OTAN y cuestionó la hegemonía estadounidense (Cidob, 2010: 494-495). La “Doctrina Primakov” constituye la base principal de la actual política exterior rusa.

Con la llegada de Vladimir Putin a la presidencia de Rusia se dio inicio a una amplia revisión de las relaciones internacionales. En donde diagnosticó que la década anterior se había vivido un momento de supeditación de los intereses rusos a los del “Occidente”, particularmente a la hegemonía estadounidense. Ante tal postura, comenzó a ser más cauteloso con los posicionamientos de Estados Unidos al grado que, tras los atentados del 11 de septiembre de 2001, Putin se sumó a la condena y unió esfuerzos en la “guerra contra el terrorismo”. Dicha acción justificó su actuar en el orden interno, ante los movimientos separatistas de Chechenia pero, al exterior, definió con claridad su tipo de participación: apoyó las operaciones de la OTAN en Afganistán pero sin enviar tropas propias. Junto con Gerhard Schröder (Alemania) y Jacques Chirac (Francia) se abstuvo de apoyar la guerra contra Iraq. A pesar de la acusación estadounidense contra Irán y Siria como agentes del terrorismo, Rusia no cortó sus relaciones y no interrumpió sus lazos comerciales en ningún rubro, además de incrementar su presencia en Asia central. Incluso, se opuso a la intervención militar de la OTAN en Libia y en Siria, tras el paso de lo que se denominó “Primavera Árabe”.

La estrategia de Putin, delineada por su Ministro de Asuntos Exteriores, Serguéi Lavrov (desde 2004), ha establecido como línea discursiva el “multilateralismo” o “multipolaridad democrática” en el orden internacional en un intento de recuperar el prestigio histórico en dos rubros: los ideales y valores de autoridad política (como en la época zarista) y su posición en los asuntos internacionales (como en la época soviética). Sumado a sus intereses estatales como seguridad, fronteras, acceso a los recursos energéticos, comercio y rutas comerciales; pero reclamando su lugar en la esfera internacional como potencia y no marginada de los asuntos globales. Por tal motivo, ha mantenido sus lazos bilaterales con todos los miembros de la región del Medio Oriente:

- *Israel*. Las relaciones diplomáticas se restablecieron en 1991, después de que se rompieran los lazos tras la guerra de 1967. Se considera que la segunda entidad con mayor cantidad de rusoparlantes fuera de Rusia se encuentra en Israel, la cual representa el 12 % del electorado. Asimismo, dentro de Rusia existe un Oblast (territorio administrativo) autónomo de población judía, entre

7. Era un experto en el mundo árabe, fue corresponsal en Medio Oriente para el periódico Pravda. Aprovechando su expertise fue enviado como interlocutor autorizado por el Kremlin ante Sadam Hussein tanto por Gorbachov en 1991 como por Putin en 2003.



el resto de habitantes judíos en toda la federación. Rusia es el principal proveedor de petróleo a Israel y, a pesar de las tensiones por su apoyo a Siria y otros países árabe (incluyendo a actores no estatales), las relaciones permanecen en los rubros de ciencia y tecnología, comercial e intercambios diversos.

- *Turquía*. Aunque buenas, las relaciones con Turquía parten de un juego delicado de equilibristas pues pendulan entre los intereses de cada uno por la importancia estratégica de la región, el control de accesos y los energéticos. La permanencia de Recep Tayyip Erdogan en los puestos de máxima autoridad han ayudado a que no se salga de control la relación siempre candente con Rusia. Su situación de pertenencia a la OTAN pero su alejamiento de las posturas europeas la hace acreedora a alinearse con Moscú ante un eventual orden multipolar.

- *Irán*. Las relaciones cercanas a Siria produjeron que Rusia se acercara a Irán, particularmente después de la caída del bloque soviético. El vínculo es de primera importancia para Rusia por su postura de resistencia frente a la hegemonía estadounidense y las fronteras cercanas con las que cuentan. Para Irán, es vital su relación como acción que contrarresta el intento estadounidense de marginación tanto en la región, como en el sistema internacional mediante sanciones económicas y diversos intentos de desestabilización.

- *Siria y el Mundo árabe*. Desde tiempo atrás, se ha manifestado un interés por el acercamiento a la región árabe comenzando por Tierra Santa (Jerusalén, al-Quds en árabe, significa: La Santa) cuna del cristianismo (del judaísmo y el Islam), parte integrante de la Gran Siria (hoy dividida en Líbano, Palestina/Israel, Siria) que cuenta con un patriarcado en igualdad de condiciones, según el cristianismo ortodoxo oriental, de los ubicados en Alejandría, Antioquía y Estambul (anterior Constantinopla). Logró establecer los primeros vínculos mediante la fundación de la Sociedad Ortodoxa Imperial Palestina (IPPO, por sus siglas en ruso) en 1882, por Alejandro III, con la intención de peregrinar a Jerusalén, forjar estudios palestinos y la cooperación con los habitantes de la región.

Posteriormente, la IGM interrumpió las relaciones sirio-rusas, reanudándose una vez que Francia se vio forzada a reconocer la independencia de Siria en 1946. En el contexto de la IIGM y bajo la postura contra el imperialismo y el colonialismo europeo, la URSS estableció formalmente relaciones diplomáticas tanto con Líbano como con Siria, en 1944. En el contexto de la Guerra Fría, en 1963 Siria recibió el apoyo de la Unión Soviética al abanderar una revolución de carácter socialista a través del partido *Ba'az* (Renacimiento) que se afianzó con la llegada de Hafez al-Assad, en 1971. El sentimiento antiestadounidense y antisionista, sumado a la necesidad de soviétizar a los regímenes políticos, fue el punto de partida para la acción soviética en la región.



La entrega de mercancía y equipo militar a crédito e incluso bajo donativos, ponía de relieve la importancia estratégica de Siria y toda la región para la URSS, particularmente después de la Guerra de 1967 en el que hubo cuantiosas pérdidas en el lado árabe, entre la que destaca la pérdida de los Altos del Golán, situación que dejó a Siria en un estado de guerra permanente con Israel. Sumado a la emergencia del conservadurismo árabe, al cambio de orientación de varios regímenes árabes y la irrupción de los grupos de justificación islámica alrededor de la región en la década de los setentas (apoyados en algunos casos por Estados Unidos), en un país con una población confesionalmente heterogénea, hizo fortalecer las relaciones sirio-soviéticas: Siria sería para la URSS el principal aliado en el Medio Oriente (Prudnikov Romeiko, 2017: 477- 483) Sin embargo, dicha relación es calificada como de “interdependencia asimétrica” no sólo por las diferencias en sus propias capacidades estatales sino porque Siria no tenía otra alternativa más que la ayuda soviética, frente al armamento dispendido por Washington a Tel Aviv.

Con los cambios a partir de la *Perestroika*, se moderó la ayuda militar a Siria y se reconoció a Israel. Ante la disolución de la URSS, Siria tardó en reconocer a Rusia como la heredera del legado soviético y comenzó una etapa de distanciamiento, sin romper relaciones diplomáticas, que volvió a establecerse poco antes de que dejara la presidencia Yeltsin y, también, antes del fallecimiento de Hafez al-Assad, bajo el auspicio del Ministro de Exteriores, Igor Ivanov, quien invocó los lazos históricos que los unen y el ímpetu de ambos por un mundo multipolar, basado en el Derecho Internacional y la carta de la ONU pero, sobre todo, un proceso de paz para todo el Medio Oriente (CNN, 1999).

La entrada del nuevo siglo trajo consigo cambios trascendentales, particularmente tras los atentados del 11 de Septiembre y el cambio de política exterior estadounidense, a su vez, el cambio de mando tanto en Siria como en Rusia, en el primer caso con la llegada de Bashar al-Assad y en el segundo con Vladimir Putin, ambos iniciando momentos de apertura política y económica tanto al interior de sus regímenes como al exterior; pero luego, al atestiguar las acciones unilaterales de Estados Unidos, comenzaron a oponerse a la invasión de Iraq. A partir de 2004, Rusia y Siria lograron restablecer las relaciones comenzando una etapa de vinculación ascendente entre los intereses de ambos pero, particularmente, el interés ruso por la región. Se consolida así un respaldo político ruso histórico al régimen sirio desde los setenta (Maya Gómez, 2018: 164-165).

La participación rusa en el conflicto sirio en 2015 no marca un regreso sino un afianzamiento en relación a su principal aliado y, además, en tejer una red regional que cumpla el propósito de buscar la multipolaridad en el orden internacional, frenar el actuar unilateral de Estados Unidos y volver a colocarse como actor central en la política mundial. Sin embargo, a finales de 2024, un grupo compuesto por diversos opositores y financiado por Turquía,



Estados Unidos y algunos países del Golfo Pérsico lograron derrocar al presidente sirio Bashar al-Assad en sólo once días, provocando que éste encontrara refugio en Moscú, donde fue recibido y donde se encuentra hasta el momento de este escrito. Según palabras de Steve Rosenberg “la caída del régimen de Assad es un golpe al prestigio de Rusia” (BBC, 2024) y pondría en duda el destino de las dos bases rusas en Siria: la base naval de Tartus y la aérea de Jmeimim, en el puerto de Latakia, ésta última construida en 2015 y la primera desde 1971.

A modo de conclusión

En el presente escrito se propuso hacer un breve repaso a la historia de las relaciones entre Rusia y el Medio Oriente. Se utilizó el tiempo histórico de larga duración propuesto por Braudel para analizar las relaciones políticas en las tres principales etapas: Imperio ruso, URSS y la Federación Rusa. En cada uno se observó el grado de importancia que reviste la región, primeramente, en un sentido de expansión territorial, en un segundo momento de expansión ideológica y, en un tercero, con la expansión comercial, económica y financiera, según los ritmos que marca el espíritu de la época.

Por un momento la participación de Rusia en el conflicto multinivel sirio provocó la sorpresa de algunos analistas y observadores; sin embargo, con la revisión hecha, se determina que las relaciones han sido cercanas, constantes y contradictorias; con episodios de cooperación y otras de conflicto; con búsqueda de intereses particulares ya sea por motivaciones ideológicas o por supervivencia en el espacio geopolítico, nada fuera de lugar con respecto al actuar de otros países, sean potencia o no.

En el discurso ideológico estadounidense y europeo, Rusia no pertenece completamente al “mundo occidentalizado” como tampoco los países pertenecientes a la región denominada “Medio Oriente”, término acuñado desde una carga eurocentrista. En el imaginario colectivo de cada entidad señalada existe una bifurcación identitaria de pertenencia o rechazo. Sin embargo, la propia autoidentificación como “Occidente”, a pesar de su imprecisión, delimita quién pertenece y quién no, logrando hacer una diferenciación entre un *ellos* y un *nosotros*. Esta separación binaria es utilizada para generar conflictos y el rechazo del otro, de este modo, mientras que Rusia protege sus intereses nacionales y establece alianzas o impone límites, es vista como una acción imperialista; sin embargo, si lo mismo hace Estados Unidos, es visto como una acción necesaria para la restauración de un orden democrático, el establecimiento del imperio de la ley o los derechos humanos, aunque esto signifique una acción unilateral con coro internacional, mediante las instituciones y aliados que se erigieron con tal fin, en pleno uso de su poder global de modo hegemónico.

Al generar una alteridad, lo que se provoca es una unión entre los descontentos con el orden vigente y surge el reclamo de una opción



diferenciada y eso es parte de lo que vincula las acciones de Rusia en los diversos países del Medio Oriente, sobre todo, entre aquellos que se han visto marginados por las políticas unipolares estadounidenses y que se han levantado en un plan de resistencia al statu quo, como ocurre con Irán y Siria -principales aliados de Rusia en la región- que, además, por la asimetría de poder, cuentan con una serie de actores no estatales -grupos armados o civiles- que buscan romper con el orden regional postcolonial impuesto y que buscan una participación en igualdad de condiciones como naciones soberanas.

Si la política de Rusia es buscar un “orden multipolar”, el camino de las alianzas, el establecimiento de acuerdos y la protección de ellos; sumado a dar participación al resto de actores ya no sólo propios de la región sino de otras latitudes, la opción permanece legítima aunque en constante competencia con el bloque de países que buscan lo contrario.

Bibliografía

- Braudel, Fernand (1979). *La larga duración en La historia y las ciencias sociales*. Alianza
- Carrère d'Encausse, Hélène y Stuart R. Schram (1965). *Le Marxisme et L'Asie, 1853-1964*. Armand Colin.
- Carrazco, Ivan (2024). “Medio Oriente en el Orden Mundial del Siglo XXI”. *Internationalis Scientia*, N1.
- CIDOB (2010). “Federación Rusa, perfil de país”. *Anuario Internacional*. Disponible en: <https://acortar.link/YVX62W>
- Davydov, Vladimir M. (2014). “La política exterior desde Moscú. Estrategias globales en tiempos de turbulencia”. *Nueva Sociedad*, n. 253/ septiembre-octubre. Disponible en <https://acortar.link/ybNoah>
- Halliday, Fred (1981). *Irán: dictadura y desarrollo*. FCE
- Laçiner, Sedat (2006). “Is There a Place Called ‘the Middle East’?”. *The Journal of Turkish Weekly*.
- Lewis, Bernard (1992). “El 'hombre enfermo' tose más cerca”. *El País*, 23 de enero. Recuperado de: <https://goo.su/q35dCC>
- Maya Gómez, Miguel Ángel (2018). “La política exterior rusa hacia Siria en el marco de la sublevación popular (2011-2016)”. Moisés Garduño García, Jaime Alberto Isla Lope, María de Lourdes Sierra Kobeh (coordinadores). *Temas contemporáneos de Medio Oriente*. UNAM/COLMEX, pp. 145-167.



- Matos Franco, Rainer (2017). *Historia mínima de Rusia*. El Colegio de México.
- Meyer Karle E. y Shareen Blair Brysac (2008). *Torneo de Sombras: El Gran Juego y la pugna por la hegemonía en Asia Central*. RBA Libros.
- Prudnikov Romeiko, Valentina (2017). “Una nueva fase en la cooperación militar estratégica entre Rusia y Siria”. Gilberto Conde (Coordinador). *Siria en el torbellino: insurrección, guerras y geopolítica*. El Colegio de México. pp. 477-508.
- Rosenberg, Steve (2024). “Por qué la caída de Al Assad en Siria es un duro golpe para el prestigio de Putin y de Rusia”. BBC News. Recuperado de: <https://goo.su/WeMU>
- Sierra Kobeh, María Lourdes (2007). *El Medio Oriente durante el período de la Guerra Fría: conflicto global y dinámicas regionales*. UNAM.



¿Y EL CONFLICTO RUSO-UCRANIANO?

GASTO MILITAR DE AMBOS PAÍSES
(BANCO MUNDIAL, 2023)

RUSIA. 5.9% DEL PIB
UCRANIA. 36.7% DEL PIB



LAS NEGOCIACIONES ENTRE
AMBAS NACIONES NO HAN
AVANZADO A PESAR DE LA
MEDIACIÓN POR PARTE DE
OTRAS NACIONES



PUTIN Y ZELENSKY NO HAN
TENIDO UN ENCUENTRO
FRENTE A FRENTE

DE ACUERDO A DATOS DE LA
OFICINA DE DERECHOS HUMANOS
DE LA ONU, HASTA FEBRERO DEL
2025 HAN FALLECIDO ALREDEDOR
DE 12,600 CIVILES

**HUMAN
RIGHTS**

“UCRANIA Y RUSIA ACUERDAN UN GRAN
INTERCAMBIO DE PRISIONEROS EN SU
PRIMERA NEGOCIACIÓN DIRECTA EN MÁS
DE TRES AÑOS”

**BBC NEWS MUNDO. 16 DE MAYO DEL
2025**

